

La inspectora Toledano renunció a leer el nombre del firmante. Ya había tenido suficiente. Mientras retiraba la vista de aquel documento que no era más que un nuevo alegato a la infamia, habló consigo misma en voz alta:

—¿Dice que solo buscaba «desquitarse»? Menudo hijo de puta, el pobrecito. Otro machirulo jodidamente pretencioso; otro «macho-dios» que no ve más allá del ombligo de su masculinidad —masculló para sí.

Y luego, elevando el tono de voz, como si pretendiera que su descontento atravesara las paredes de su despacho, añadió:

—¿Qué quieren que hagamos con esta mierda? ¿Enmarcarla?

¿Qué pretendían los de arriba enviándoles esa clase de testimonio? ¿Por qué en vez de jugar a psicólogos no se enfrentaban a la dura realidad? Las estadísticas eran demoledoras. Un puñetazo en la mandíbula de todos aquellos responsables públicos que implementaban medidas según la ideología de sus respectivos partidos políticos. Entre la Unidad de Familia y Mujer de la Policía Nacional y Grupo de Atención a los Malos Tratos de la Policía Local, eran más de mil las mujeres a las que tenían que proteger por correr sus vidas distintos grados de peligro. El número de mujeres que entraban en esta espiral se elevaba a cuatro al día, mientras la cifra de detenidos por quebrantamiento de condena (o sea, saltarse las órdenes de alejamiento, entre otras medidas) superaba los ciento quince en los últimos meses. Como consecuencia de todo esto, la Comunidad Valenciana era la segunda del *ranking* en cuanto a casos de violencia de género, con casi

cinco mil casos registrados en 2018. Agentes sin preparación específica, penas laxas, testigos indefensos, escasa asistencia a las víctimas, fallo de los servicios sociales y hasta de los protocolos de detención. Todo se confabulaba para que el primer maltratador fuera el sistema.

Por último, antes de dar por finalizada la jornada laboral, Sarah recordó una vieja frase del Talmud: «Los hombres no vemos las cosas tal como son, sino tal como somos».

«Tal vez no estaría de más escribir esa sentencia en un cartel y colgarlo en una de estas paredes. Sí, tal vez nos iría mejor a todos si fuéramos capaces de aceptarnos tal y como somos», pensó.



El primer trago de güisqui consiguió reducir el grado de excitación de Sarah. Las altas dosis de cafeína ingeridas durante su jornada laboral le ayudaban a mantener el tipo, a permanecer en alerta; el güisqui, en cambio, era la puerta de entrada a un mundo más distendido, donde incluso tenía cabida la vida social. Eso sí, dentro la más absoluta discreción. En ese aspecto, creía que tanto Amalia Finisterre como ella guardaban cierta correspondencia mutua, cierto paralelismo de caracteres, debido en parte a las profesiones de ambas. Ella no era una enfermera de cuidados al final de la vida, pero sí era una de *las* «ángeles guardianas de las maltratadas», como las llamaban muchos compañeros de otras unidades del cuerpo de policía. Solo en Valencia el número de maltratadas que recibían



ayuda de la UFAM superaba las setecientas cincuenta mujeres, lo que equivalía a que a cada miembro de la unidad tenían unas setenta a su cargo. Todas corrían alguna clase de peligro, si bien había una docena que requería vigilancia las veinticuatro horas del día. A estas víctimas potenciales había que acompañarlas a todas partes, a comprar la ropa de los hijos, al supermercado o a realizar gestiones administrativas, e incluso un coche patrulla K, camuflado y sin distintivos, pasaba las horas apostado en las inmediaciones de sus domicilios. Sí, Amalia ayudaba a bien morir a sus pacientes, mientras que lo que ella hacía era salvaguardar la vida de otras tantas mujeres. Aunque a simple vista pudiera parecer que los trabajos que ambas realizaban eran antagónicos, lo cierto era que tenían muchas cosas en común: la vocación de servicio, por ejemplo, que las llevaba a realizar tareas de consejeras o de confidentes. O la finalidad de aliviar el dolor y el miedo de paciente y víctima, que ambas compartían. Por no hablar de las pérdidas que se quedaban en el camino. Tal y como Amalia había reflejado en su diario, la muerte de uno de sus «enfermitos» le afectaba sobremanera; a ella le ocurría otro tanto. El asesinato de una mujer a manos de su pareja le producía impotencia, desazón y frustración, pero también un firme deseo de superación, de dar más de sí misma, de que el fracaso no volviera a repetirse. Como había dejado escrito Amalia en su cuaderno, «el poeta nunca termina el poema; es la poesía la que abandona al poeta».

Eso sí, a diferencia de Amalia, ella prefería las relaciones sentimentales esporádicas. En su caso nunca había ha-



bido un Matías Almeida. Tampoco un Jimmy Benson. Siempre que veía la posibilidad de que un escarceo amoroso podía ir a más, rescataba las palabras de su excompañero Lautaro Heller: «La única relación amorosa duradera y fiable que conozco es la que mantienen Barbie y Ken. Es indestructible como el plástico que da forma a sus cuerpos y almas, que tardará cuatro mil años en degradarse. El resto de relaciones son a la larga demasiado orgánicas».

Pasando por alto la hipérbole del ejemplo, su amigo y antiguo compañero tenía razón. Todo lo orgánico terminaba más tarde o temprano por descomponerse, como consecuencia del desgaste, del ciclo natural de la vida. Y el amor —como ente vivo que era— no representaba una excepción. Claro que esa visión de las relaciones abría otras vías de agua en ese barco a la deriva que eran sus emociones. Por dura que tratara de mostrarse, por gruesa que fuera su piel —tanto como un escudo protector—, la falta de un amor duradero tenía con el tiempo más inconvenientes que ventajas. A veces se sentía cercada por la soledad, incluso aislada, por lo que aumentaba el número de horas de trabajo. Semejante respuesta —que no era otra cosa que una huida hacia adelante— evidenciaba que tenía un problema a la hora de gestionar sus emociones. Uno parecido al que sufrían las mujeres maltratadas a las que ayudaba. Por desgracia, no era el único. Tanto trabajo, tanto estrés había provocado que le fuera diagnosticada una cronopatía, una dolencia de índole psicológico que consistía en la incapacidad que tiene una persona para poner freno a sus actividades sin que su organismo se resienta. En definitiva, no podía parar, porque en cuan-

to lo hacía el mundo vertiginoso en el que vivía inmersa desaparecía. Si disminuía la actividad, su vida se llenaba de vacío, se quedaba en blanco. Enfermaba.